INSPECTORIA SALESIANA
«MARIA AUXILIADORA» - SEVILLA

Queridos hermanos:

Os comunicamos la muerte de nuestro entrañable hermano, sacerdote

D. MIGUEL GOMEZ MEDINA

acaecida el 23 de mayo de 1991 en la clínica «San Rafael» de Cádiz. Al alba de su fiesta, la Madre Auxiliadora lo llevó *a participar con plenitud en la Pascua de Cristo* (Const. art. 54).

Entre los pocos efectos personales, se han encontrado media docena de cintas magnetofónicas con el anecdotario variopinto de su prolonga y fecunda existencia. Se trata de una larga entrevista, hecha en 1982, no «por un deseo mío de señalarme –advierte D. Miguel– sino por obediencia a la reiterativa invitación de los Sres. Inspectores». Ella nos servirá de pauta. Es una especie de *confesiones agustinianas* de lo que Dios ha hecho por él... y de lo que él ha hecho por Dios. Una lección magistral de salesianidad. He aquí su vida.

«EN OCHENTA Y DOS AÑOS HAN PASADO MUCHAS COSAS»

«Nací (el 18 de septiembre de 1900) en un pueblecito de Salamanca, Fuenteguinaldo. Soy el segundo de seis hermanos... Fuí un chico normal en la escuela... Me pusieron clases particulares mis padres, a los que desde niño ayudaba en lo que podía». Recuerda sus «peleitas... por defender a los más pequeños». «Mis padres, (Angel y Agustina), muy cristianos, sintieron una gran satisfacción cuando se enteraron de mi decisión, ya que –dijeron– lo primero era seguir la llamada de Dios».

«La vocación salesiana surgió durante una clase de catequesis en la parroquia. Se presentó el padre salesiano D. Julián Sánchez, nos habló, y a la invitación de...: ¿quién se quiere venir conmigo?..., todos levantamos la mano. Tras una breve explicación –(de la que me quedó grabada la voluntariedad y el «vais a ver poco a vuestra madre»)– sólo dos levantamos la mano: D. Esteban Corral, muerto hace unos años en Canarias, y yo».

Y como San Juan, ya anciano, en su Evangelio memoriza hasta el momento *–era como la hora décima* (Jn. 1, 39)– de su encuentro con Cristo, don Miguelito –también anciano– rememora, al detalle, su itinerario vocacional hasta el despegue doloroso de su madre, cuya foto, dedicada, llevaría siempre en la cartera: «A mi querido hijo Miguel, con mucho afecto, su madre».

ASPIRANDO: SUS CUATRO AÑOS DE HUMANIDADES

Tenía 13 años al dejar su pueblo. «Llegamos a ECIJA el 21 de septiembre –(en realidad fue el 7)– a las tres de la tarde... un calor sofocante». De los dos años transcurridos en la «ciudad del sol» recuerda precisamente sus quejas al director D. Juan Domínguez

–«gallego, gran músico»–: «Yo aquí me muero, pues me entra aire caliente por las narices». Es más prolijo en rememoranzas de los dos cursos (1915-1917), pasados en CADIZ. Uno a uno, los superiores, con sus cargos respectivos, aparecen creando un ambiente agradable de estudio y de familia. D. Enrique Hidalgo –«asistente asiduo y susceptible»– lo tuvo cerca de media hora con el «Amén» porque se bajaba «medio tono». Donde anhelaba entonarse era en notas de conducta para ser de la Compañía del Stmo. Sacramento, pero «tenía fama de charlatán... y siempre me daban óptima con punto». En la capilla de Cádiz vistió el hábito talar el 24 de agosto de 1917.

«*Dos años en el VALLE*». Es todo. Con la brevedad propia de las cosas sabidas despacha este período –*noviciado y filosofado, en San José del Valle*–, que no será de dos, sino de tres años (1917-1920), y que incluye la emisión de sus primeros votos el 1 de marzo de 1919.

¡QUE TRIENIO! (1920-1923)

«Me destinaron a Sevilla-Trinidad, como asistente de artesanos, para que pudiera estudiar... A los tres meses cambio a SAN BENITO DE CALATRAVA (siempre en Sevilla)... Pasé dos años, tan contento por una parte –(en el Oratorio y escuelas gratuitas, con niños pobres)–, y a disgusto a veces por otra con la extrema pobreza. Riendo a carcajadas añade: «Untaba de betún los dedos de los pies, que asomaban por la boca de los zapatos rotos, cuando iba a la Trinidad, que era mi paseo»... Y abre este paréntesis significativo: «Quise estudiar, los compañeros de Utrera me proporcionaron libros, pero desaparecieron... No tengo ningún título civil, ni siquiera el bachillerato. Con dos años de Magisterio se acabaron mis estudios... ¡Y, bromas de la Providencia, fui director del Instituto Nacional de Algeciras!». De la casa de San Benito se llevó el testimonio de su director, D. Federico Pareja, «santo varón, con la mansedumbre de San Francisco de Sales, admirado por todos».

El tercer año de trienio (1922-1923) lo pasó «con D. José Aparicio en el externado de la TRINIDAD... Oratorio maravilloso..., diario por la tarde y los domingos todo el día... Allí tuve mi primer contacto con el Círculo Domingo Savio y los Antiguos Alumnos». Para salvar, entonces, el escollo del servicio militar debió recurrir a la treta –pese a su menguada estatura– de que le «pusiesen unos centímetros menos» y así le dieran libre total: «Mire libré... hasta de la guerra de Africa».

CUATRO AÑOS DE TEOLOGIA (1923-1927)

Los hizo en CAMPELLO –entonces Estudiantado Teológico Nacional, que albergaba también Hijos de María–, fueron «maravillosos, tranquilos, alegres... formativos... con vida de familia entre superiores y teólogos». A más de sus estudios, trabajó en el Oratorio festivo –«el mejor organizado que he conocido»–, y en él lo encargaron «de los niños de la Escuela Modelo, que eran protestantes». El colegio ya estaba casi terminado... «y fueron los albañiles, que lo edificaban, los que empezaron a sacar la procesión de María Auxiliadora». El 3 de abril de 1924 se entregó por siempre a Cristo –en Don Bosco– con la profesión perpetua, y –puntualiza bien– «nos ordenamos en Orihuela el día del Corpus (19 de junio de 1927), con asistencia de los aspirantes, a los que, al día siguiente, dije mi primera misa rezada en el seminario salesiano de Campello».

SU PRIMERA MISA SOLEMNE

«Fue apoteósica –evoca emocionado–... Hacía 30 años que Fuenteguinaldo no veía un misacantano... El día de San Pedro, a las cuatro de la madrugada estaba ya abarrotada la iglesia... Mientras me preparaba, mi madre, a solas conmigo, me dijo: «ponte de rodillas, te bendigo en nombre de tu padre»... Y, en procesión a la iglesia, con la madrina y las autoridades, iba la charanga tocando, a todo gas, el pasodoble: «Ven Cirila, ven... y verás al oficial». Los seminaristas de Ciudad Rodrigo cantaron la misa y predicó el salesiano D. José Holgado; todavía se acuerdan del sermón. Tampoco olvidaría Fuenteguinaldo a su Miguelito y, en ocasión de las Bodas de Oro sacerdotales lo nombraba Hijo Predilecto.

«AHORA EMPIEZA MI EPOCA SACERDOTAL»

«A primeros de septiembre de 1927, con los aspirantes de 2º y 3º, salimos para MONTILLA, seminario menor» desde entonces. Allí estuvo cuatro años –dos como catequista (1927-1929) y otros dos como consejero (1929-1931)– en ambiente auténticamente formativo: «clima espiritual bueno, estudio fuerte, espíritu de familia... Siempre he agradecido el que me mandaran para formar, formándome»... «En Montilla me sorprendió la proclamación de la República el 1 de abril de 1931... Lloré la ida del Rey... al oir que quemaban iglesias, conventos, pensé salvar el colegio en aquellos momentos de exaltación que culminaría con una gran manifestación... Se colocó

una inmensa bandera republicana en la fachada y al verla, los manifestantes gritaban: ¡Viva la FAE, Viva María Auxiliadora... Vivan los salesianos!... Y no nos sucedió nada».

Como colofón de su sexenio en ALCALA DE GUADAIRA (1931-1937) le sorprendió la guerra civil... ¡Y entonces sí sucedió algo! Encargado del externado –escuelas gratuitas–, dió también clase a ingreso de bachillerato. Fueron años muy felices: «el pueblo, que nos quería, sentía aprecio, confianza hacia el director, D. Antonio Torrero, todo corazón». Paso a paso revive los días 17, 18 y 19 de julio de 1936 con el expolio y la quema del colegio..., el arresto en el Ayuntamiento y la liberación de la comunidad salesiana. El, sin pretenderlo, será el protagonista. Es un relato impresionante. Apenas liberado, se zafa del municipal-custodio y «a las 4 de la madrugada corrí a ver lo que han hecho del colegio: techo de la iglesia derruido, quemada... patio... huerta..., las vacas, cerdos, gallinas, despensa... todo se lo habían llevado... Rotos los nervios ante tal destrozo, lloré por una hora: Señor, Señor, ¿cómo han podido hacer esto? Y prometí que el colegio abriría el nuevo curso... Permisos para reedificar... el pueblo se volcó... Recuperé bastante del mobiliario desaparecido... Y el 14 de septiembre (1936), aún sin capilla, empezaron las clases con normalidad, por más que tuvimos que dormir bajo el hueco de la escalera todo el año».

Fuera del trienio 1959-1962, pasado, como confesor, en el Hogar de la Diputación de CACERES –«tres años, más que nada de descanso..., muy buenos por el tipo de jóvenes, abandonados»–, los cincuenta y uno restantes se los reparten entre: ALGECIRAS –22 años, al inicio como Encargado del externado y coadjutor de las parroquias (1937-1942), luego como párroco de San Isidro y, al mismo tiempo, profesor del Instituto Nacional (1942-1959)–, y PUERTO REAL –29 años, primero confesor en la Institución Sindical (1962-1972) y luego *todo* en la Casa Don Bosco (1979-1991)–, o durante el sexenio 1973-1979, en el que, dejada la Institución sindical, D. Miguel, siempre residiendo en Puerto Real, aparece incardinado en diversas comunidades –Campano, Cádiz– de la Inspectoría.

SUS «HABILIDADES»

Estos datos estadísticos serían letra muerta sin la percepción del espíritu, que animó su abrumadora actividad algecireña y puertorrealeña. Ella nos revela los rasgos característicos –«habilidades»,

que diría él– de la recia personalidad de D. Miguelito– así, siempre diminuta en su estatura física, pero que, a la luz transcendente de la muerte, agiganta su talla espiritual, apostólica y salesiana.

«TRABAJADOR, POR TU REINO, SEÑOR»

En la ficha anagráfica, conservada en el archivo inspectorial, a la pregunta «Habilidades», él se responde: «Mis hermanos y el pueblo fiel sabrán si he tenido alguna. Trabajo, sí, y pido a Dios que no me falte». Y no le faltó. Cuantos lo trataron, reconocen en él una capacidad de trabajo, que califican de «incansable», «infatigable», y tan agotador que, en Algeciras, le provocó una anemia galopante que lo puso al borde de la muerte. Por recomendación médica fue trasladado a Cáceres «para reponer fuerzas». Y la recuperación sería tan completa que a sus 88 años –según confesión propia– le consentía rezar esta oración: *«Te doy gracias, Señor, por este nuevo día y te pido me dejes trabajar por tu Reino al menos hasta el año 2000»*.

¡Trabajar por el Reino! Y lo quiso hacer «en misiones de verdad». Estudiante de Teología en Campello, aprovechó la visita del Rector Mayor, D. Felipe Rinaldi, para pedirle «ir a la China»... El me aconsejó que terminase la Teología y, ya sacerdote, le escribiese... Lo hice desde Montilla... Empezado ahí el curso 1937-38, el Sr. Inspector, D. Sebastián Mª Pastor, me espetó: Con que, ¿has pedido para misiones?; –Sí, a la China, le respondí; –Yo lo arreglaré... Y me mandó a otra misión: ¡¡¡Algeciras!!!. ¿Quién negará que D. Miguelito no ha sido un auténtico misionero, pese al cambio de lugar?

En Algeciras continuará siendo «misionero de los jóvenes», como encargado de la escuela salesiana y, sobre todo, durante diecisiete años como «profesor numerario de religión en el Instituto Nacional de la ciudad», de los que los tres últimos (1956-1959) tuvo que aceptar la dirección. Ello le brindó la oportunidad de actualizar la catequesis, de intensificar la vida sacramental y alentar los movimientos juveniles. Labor mantenida en Puerto Real con los alumnos de la Institución Sindical, del colegio «La Salle» y en el Club Juvenil. El 10 de junio de 1967 el gobernador civil de Cádiz le imponía la Cruz de Alfonso X el Sabio como reconocimiento oficial a la labor educativa y entrega apostólica a la juventud de la provincia.

Pero estos 17 años (1942-1959) lo hacen un misionero casi en tierra de primera evangelización. Entonces los salesianos regentaban las tres parroquias algecireñas: Santa María de la Palma, Ntra. Sra. del Carmen y San Isidro. «Por 17 años fui párroco de San Isidro, la

parroquia más pobre..., una capillita de 19 metros de largo por 6 de ancho, que resultaba amplia para la escasa gente que iba a misa... Rompí «la enemiga del cura» recorriendo casa por casa la parroquia... Conocí su situación social... Se abrieron hasta ser conocido como *el cura de la Plazoleta*... Bauticé a más de 500 adultos... Desconozco el número de parejas separadas (o «arrejuntadas») que uní... A San Isidro ni lo nombraban: para darlo a conocer, alrededor del 15 de junio, inauguré la fiesta del barrio, que pronto me percaté que era pura diversión... Por ello, la suplí con la romería de San Isidro al «Cobre», que, en tres años, adquirió auge insospechado; sin embargo, al darme cuenta que, grupos incontrolados, podían convertirla en una bacanal, la suprimí... ¿Cómo atraer a la barriada? Trayendo aquí el *Cristo de Medinaceli*: imagen forjada en los talleres salesianos de la Trinidad, y que los gitanos aclamaron: «Este es nuestro Rey»... Formé la cofradía, sin distingos de personas... Triduo aquel mismo año y salida en procesión con más de 100 penitentes... Al año siguiente le acompañaba María Stma. de la Esperanza. Y en torno a la devoción «real y profunda» a Ntro. Señor de Medinaceli se formó una comunidad parroquial viva».

«MI OTRA VOCACION»

La parroquia de San Isidro albergaba el cerro de la Bajadilla –barriada de aluvión– con miles de vecinos, venidos en busca de trabajo y hogar, que vivían en chabolas inhabitables, entre estrecheces materiales y morales. Ante semejante espectáculo –musita D. Miguel– «nació en mi otra vocación, además de la cristiana y salesiana: la de hacer casas y viviendas... Hablé con la policía, guardia civil, autoridades... ellos no podían hacer nada». Y aquí aparece *el cura de la Plazoleta* –al que todos acuden–, experto en tretas para saltarse a la torera burocracia y papeleo y consiguiendo cambiar las 2.000 chabolas en casitas confortables. Surgió la escuela, la iglesia, edificio material y comunidad eclesial –anota orgulloso– «con 23 grupos de catequesis en esos dos cerros... y el culto organizado como en una parroquia veterana».

Su «otra vocación de construir viviendas» se realizó plenamente en PUERTO REAL. En la Institución Sindical «Virgen del Carmen», donde los salesianos estaban desde 1949, le encargan la clase de religión, los Cooperadores y la Archicofradía de María Auxiliadora, pero «llevo en la masa de la sangre la cuestión social», confiesa ingenuamente, sin sospechar que tal pasión, que tanto lo acerca a

Don Bosco es la que el Capítulo General XXIII desearía ver en todo salesiano, pues «la dimensión social de la caridad se presenta como manifestación de una fe creíble» (CG23 nº 204). El Rector Mayor la ha hecho objeto del Aguinaldo de estos dos últimos años: «La doctrina social de la Iglesia es instrumento necesario de educación a la fe». Don Miguel ha sido un adelantado en actuar la dimensión social de la caridad. ¿Por qué? Las circunstancias... «A veces –señala– no hay más remedio que quitar a ciertos padres sus hijas pues abusan de ellas». Nace así la *Cooperativa de Viviendas «San Juan Bosco»*, que constituye, en pocos años, tres hermosas barriadas que totalizan 500 viviendas y varios locales comerciales. D. Antonio Muro Orejón, catedrático de Derecho Indiano de la Universidad hispalense, le decía: «D. Miguel, usted ha hecho por Puerto Real mucho más que los Reyes Católicos. Entonces había 200 vecinos y Vd. lleva edificadas casas a 500 familias». Ese era el ideal de la Cooperativa: facilitar casas baratas, amplias, cada vez más perfectas. «Casas familiares que eduquen y no pisos de solteros que sofoquen»... Hasta el fin de su vida se le oiría musitar: «No renuncio a construir más, pues Puerto Real crece y crece».

De aquí la predilección de los obispos gaditanos –D. Tomás Gutiérrez y D. Antonio Dorado– por este salesiano bienhechor del pueblo, al que le proporcionó casas, en «las que vivan como Dios manda».

ANTE TODO, SALESIANO DE GRAN CORAZON

Podría parecer que, tanto en Algeciras como en Puerto Real, D. Miguel trabajaba por propia iniciativa. Meras apariencias de situación. Su vida fue un dechado de pertenencia a la Congregación en la comunidad inspectorial de Sevilla, con plena disponibilidad en la aceptación de las obediencias. Se lo reconocía la Familia salesiana de Algeciras, al felicitar el 24 de mayo de 1980 al «impulsor de la obra salesiana, apóstol de María Auxiliadora, educador en el espíritu de Don Bosco».

«Es el hombre bueno, el sacerdote incansable que está siempre dispuesto a hacer el bien a todos», reconoce un periodista puertorrealeño. En D. Miguel resplandeció el humanismo salesiano, hecho caridad pastoral –atenta a las necesidades de unos y de otros–, diálogo, delicadeza, amabilidad: «Salesiano ejemplar, trabajador incansable, bueno y querido por todos. –En el día de su Onomástica, 29-9-1987– Familia Salesiana de Puerto Real».

Hay que destacar su gran sentido del humor, expresión del optimismo, que mantuvo radiante aún durante el largo período de su enfermedad, y que contagiaba a los de dentro y a los de fuera: «En nombre de toda la Comunidad Educativa del colegio "La Salle" de Puerto Real, nuestro más sincero agradecimiento por sus servicios prestados, por su constante sonrisa y buen humor, por su permanente entrega y disponibilidad, por el encuentro eucarístico semanal... El director».

El Concilio Vaticano II lo reafirmó en la convicción de considerar «indispensables –a nuestro lado– los seglares comprometidos» y, de modo eficaz, trabajó en su formación, primero con la Acción Católica femenina algecireña, y, en particular, con los Cooperadores salesianos de Puerto Real, alma y vida de la Cooperativa de Viviendas. Se jactaba de ser pionero en ello: ya en 1968, tras seis años de formación, hacían la promesa los diez primeros Cooperadores, luego 20... «Eran una verdadera familia... Algunos ya han muerto –suspira–, seguimos con dificultad pero con buen ánimo». Y ahí va el testimonio de algunos: «Con estilo juvenil que es nuestro carisma... gritamos ¡Hala Don Miguel! Que se cumplan sus deseos que son también los nuestros... Siempre nos siga llamando por el Camino de la Perfección..., dedicándose, junto con otros salesianos, a poner al día los Cooperadores».

Con ocasión de sus Bodas de Oro sacerdotales (julio 1977) –celebradas en Campano entre los chicos de una colonia veraniega y amenizadas con los alegres sones gaditanos de un grupo puertorrealeño–, la Familia Salesiana de Puerto Real le dedicó un álbum-recuerdo, que desvela la espiritualidad interior, juvenil, apostólica de D. Miguel: «ejemplar sacerdote... trabajador incansable... misionero inagotable..., todo humildad, sencillez y bondad»; emerge su amor a la Eucaristía –barómetro para detectar la genuinidad de su labor educativa y parroquial–, y la devoción profunda –y a la vez filial– a María Auxiliadora. «D. Miguel es un regalo del cielo... Ha hecho mucho bien en todos los aspectos, concretamente en el del apostolado y en el social. La Archicofradía de María Auxiliadora y los Cooperadores son exponentes de su labor sacerdotal y salesiana, y ahí están, de muestra en lo social, las viviendas de la Cooperativa San Juan Bosco... Tiene la alegría y santidad del Santo Fundador, a quien se afana en imitar con humildad y sencillez. He convivido muchos días con D. Miguel... y en todo momento ha resplandecido la bondad de su corazón... y su entrega al bien y la alegría de todos».

Desde 1969 la soñada *Casa Don Bosco* –en su doble emplazamiento– constituirá el ser y el quehacer de D. Miguel. Dejada la Institución Sindical en octubre de 1972, en ella se desarrolla toda la obra: Club Juvenil, sede de la Familia salesiana, apostolados religiosos y sociales. La nueva Casa Don Bosco albergará además (1979) a la comunidad salesiana y, por algún año, al aspirantado y postulantado... «Aquí estamos»... Y contemplando a los aspirantes, casi como idea conclusiva de la entrevista, aflora el problema agobiante de la animación vocacional, su preocupación por una esmerada formación: con comunidades propias y equipo de «hombre dedicados, entregados a ellos... pero, eso sí, cada salesiano hemos de empeñarnos... Porque, si no tenemos a quién transferir la antorcha salesiana, ¿qué hacemos?...».

POSDATA A LA ENTREVISTA

En los últimos años lo inquieta un temor: «No quiero que la casa salesiana de Cádiz, tan enorme, absorba la Casa Don Bosco de Puerto Real». En ésta, entre riego y riego de los floridos parterres del jardín, hace balance minucioso del pasado, mientras mira el azulejo que «habla del reconocimiento y la gratitud por mi labor pastoral realizada en la localidad». Y su envidiable juventud de 84, 87 años, –que lo ve «más cercano de lo nuevo que de lo viejo»–, lo lleva a proseguir su encuentro eucarístico semanal con la juventud de «La Salle», a colaborar incansable en la nueva parroquia salesiana, a derramar, por doquier, «su bondad en momentos de gran aflicción».

Durante casi tres años, postrado en el lecho, su vida se ha ido consumiendo. A su silencio sonoro de purificación y de donación total ha respondido la solicitud clamorosa de los puertorrealeños, que lo han atendido como a un padre.

Como reconocimiento a su trabajo en Puerto Real el Ayuntamiento le otorgó la Medalla de Oro y lo nombró Hijo Adoptivo de la Villa «como reconocimiento a su labor humanitaria, social y cultural». El día 28 de enero de 1988 en un acto solemne –presente el obispo de Cádiz– fue la entrega de ambas distinciones. El, en nombre de la Congregación salesiana, lo agradeció diciendo: «Todos somos hijos de Dios, los blancos y los negros, y todos debemos ayudarnos unos a otros, sin mirar partidos políticos». Y sin distinción de colores, de partidos, de hermandades, de asociaciones, se volcó el «todo Puerto Real» –con nutrida representación algecireña– en este plebiscito fraterno, familiar, social.

El mismo público, que –orante y silencioso– llenó la prioral de San Sebastián el 25 de mayo pasado para dar su adiós cristiano y agradecido al querido Don Miguelito.

Los salesianos hemos dejado Puerto Real –(el Sr. Obispo lo lamentaba en sus palabras de despedida)–. Queda D. Miguel, como permanente y fiel custodio de la labor realizada en ella.

Su entrevista se concluye con esta confesión: «¡Dios necesita de mí, por eso me tiene vivo..., para trabajar por el Reino!.. Mientras, hemos de interpelarnos: ¿Cuántos salesianos están por mí en la Congregación? Queda flotando este interrogante... ¡Que así sea!».

Gracias, D. Miguel. ¡Qué así sea! Ahí queda flotando su maravillosa lección de fidelidad a Jesucristo y de amor a Don Bosco en la entrega generosa a los compromisos de apostolado y santificación.

Quiera el Señor colmar sus deseos de que la Inspectoría se haga merecedora de abundantes vocaciones del talante y espíritu de Don Miguelito.

Recemos por él y con él, extendiendo nuestro recuerdo y oración a Puerto Real y a toda la Comunidad Inspectorial.

La Comunidad Inspectorial de Sevilla,
Sevilla, 31 de Enero de 1992

DATOS PARA EL NECROLOGICO

MIGUEL GÓMEZ MEDINA nació en Fuenteguinaldo (Salamanca) el 18 de septiembre de 1900 y murió en Cádiz el 23 de mayo de 1991, a los 90 años de edad, 72 de profesión y 63 de sacerdocio.

IMPRIME: GRAFITRES, S.L. - UTRERA (SEVILLA)